

La Moza De Nazaret. – Peregrina*

JESÚS MERINO ANTOLÍNEZ, O.P.

- Pero vamos, María, ¿qué te pasa? Estamos ya a la mesa hace un rato y tú, nada – le interrumpió su prima desde la puerta. – ¡Anda! ¡Si estás llorando...!
- Nada, chica. Mira, mañana tengo que irme con los peregrinos a Jerusalén.
- ¿Qué estás diciendo?
- Lo que oyes. Nuestra tía Isabel está encinta, y en el mes sexto y tiene que necesitar ayuda. Me voy a dársela.
- Pero, mujer, ¡tú estás loca!
- ¡Me lo ha dicho un ángel del Señor!
- ¿Qué...? ¿Qué tú has visto a un ángel del Señor?
- Sí. Y más y mejor que te veo a ti. Atiende, Maruja. Dios no engaña, y cuando El dice las cosas las coloca tan dentro del ser de uno que se saben más y mejor que el propio vivir. Sí, sí. He visto al ángel del Señor, – añadió María con una naturalidad, aplomo y fuerza que sobrecogió a su prima. – Me ha dicho lo de Isabel y me voy mañana.

* This is chapter 4 (“Peregrina”) of the second *Etapa* (“La Moza de Nazaret”) of Fr. Merino’s major work *MARIA: VIDA Y VIVIR*, pp. 110-151. (Unpublished) This chapter was finished on September 23, 1989.

Salieron juntas de la casa. María cogió a su prima por el brazo y reteniéndola junto al jazmín en flor que trepaba por el dintel le dijo:

- María, no digas nada a nadie de lo de verme al ángel del Señor. Lo de Isabel, como si yo lo hubiera oído de un viajante. ¿Prometes?
- ¡Prometido, mujer!

María apretó a su prima contra el corazón y le besó en la frente.

- ¡Vaya qué dos! – voceó Salomé desde el vano de la puerta de la otra casa. – ¡Va la una a buscar a la otra y las dos se ponen de palique! Pero, chicas, ¡que la comida ya está fría!

Como dos doctrinas ambas se apresuraron y se sentaron a la mesa.

María no sentía ganas de comer. Tomó su cuenco de vino y se enjugaba la boca cuando le vino al pensamiento que ya no comería para ella sola; que otra vida se nutría de lo que ella tomara. Y comió bien, con gusto y ganas.

La tarde pasó entretenidísima. Llegaron las amigas. María trazaba con mano segura esbozos y letras sobre la tela tensa en el bastidor; solo que al diseñar las letras del nombre divino en el centro, en el cruce de las dos rayas ejes, sintió que se estremecía y sin saber porqué. Los dos querubines y las dos palmeras fueron aprobadas con entusiasmo. Discutieron qué poner en los ángulos y convinieron por fin en los racimos de púrpura que sugirió María, la enredadora, pero con la punta hacia el ángulo, cual si la parra estuviera en el centro, como sugirió María, la jefa. Al discutir la cenefa del borde, Juana se adelantó:

- Oye, ¿por qué no bordar espigas en cadena?
- Espigas, sí, sí, espigas... ¡Que para eso somos nosotras las mejores espigadoras de Nazaret y contornos! – exclamó la Susana.

Y María esbozó una linda cenefa de espigas entre los racimos.

- Pero, hijas, vamos a necesitar hilos de veras.

- Eso no importa, Susana. A propósito – continuó solemne la pintora – yo tengo que irme mañana peregrina a Jerusalén...
- ¿Cómo...? ¿Que te vas?
- Sí, muchachas. Ya se lo he dicho a esta y a Salomé. Tenemos una tía que va a dar a luz. Es de edad y necesita quien le ayude durante los tres últimos meses. Lo supe de cierto esta mañana, y por eso os lo digo ahora.
- Entonces el pobre velo tendrá que esperar a terminarse...
- Mejor, Juana. Así lo estrenamos para el Año Nuevo. Mira, hay otra ventaja, y es que yo puedo hacerme en Jerusalén con hilos de oro, púrpura y lino de Egipto de primera. Somos pobres, es verdad; pero, si no podemos comprar, ya sabremos dónde pedir. Y..., ahora que me acuerdo, nos sobró mucho cuando hicimos el velo del Templo, y la Profetisa tiene que guardar las sobras. Ya la veré yo... Sí, chicas, ¡tendremos hilos y de los buenos!
- Hija, tú te lo dices todo, concluyó la prima.
- Pues ¡hala! Recojamos. ¿Me quereis ayudar a preparar mi hatillo? Es solo lo necesario para el camino, porque en casa de mis tíos tendré todo cuanto me sea preciso.

Lo hicieron y en volandas. Luego le ayudaron a regar las flores y le prometieron que se las cuidarían bien mientras estuviera ausente.

- ¡Ah! Pero tenéis que verme mañana, ¿eh?
- ¡Pues no faltaba más, mujer! – le aseguró Susana – ¡Mira que si te vas sin darnos un beso te comen los jins por el camino!
- Deja a los jins en paz, chica; que Dios nos basta.

Se fueron. Llegó Joel del campo. Salomé le enteró de todo. Él lo vio bien. Cenaron pronto. Y María quedó sola en su casita.

Sola, no. La conciencia de ser ya madre le inundaba de un gozo que la arrebatava. “El trono de David su padre...” le estaba resonando muy adentro. Se acordó de su José, el Hijo de David... Sintió un escalofrío de alarma... ¿Cómo se lo diría a él? ... ¿Cuándo? ¡Oh... Pero Yahweh también tendría ángeles para José! Todo era

obra del Altísimo. ¡Pues el Altísimo sabría cómo y cuándo hacer lo que correspondía!

Cerró los ojos. Tendida en su pobre, blanquísimo lecho sonrió y quedó dormida... ¡Ciertó! ¡Su primer sueño maternal hubo de ser con el Emmanuel!

La luz de la aurora que comenzaba vestía de rosicler la explanada de la fuente de Nazaret. Las hierbas de la pradera estaban saturadas de rocío. El ajetreo debía haber comenzado a la luz de las estrellas, porque ahora, sola la estrella de la mañana era la que sola parecía competir con los dedos de rosa por ser vista, y ya las bestias de carga aparecían bien cinchadas y las de montar enjaezadas. En los grupos de gentes podían distinguirse los romeros ya ajuntados y los curiosos y los parientes o amigos que iban de grupo en grupo fisgando o despidiéndose.

Con la familia de Cleofás estaba María, la esposa de José Ben-David. María, la novia del mozo de la familia debía haberlo arreglado todo la noche anterior.

- ¿Nada más, María? -preguntaba el mozo al dejar de asegurar un hato pequeño y lindamente envuelto en la carga del burro familiar.
- Nada más, Cleofás. La bolsa la llevo a mano. No necesito más para el camino.
- Bueno, pues tú alternas en la burra con mi madre. Mi padre va a caballo.
- ¿Ésta en burra...? -le saltó su novia. ¡Menuda andariega que está hecha!
- Cleofás - añadió Susana - como te las eche a correr, te gana.
- ¡Bueno... bueno...!, comentó el mozo.
- Pues pienso contar paso a paso los que haya entre Jerusalén y Nazaret - plantó la aludida.
- Cleofás, ¡ya nos dirás a la vuelta si esta brabucona lo ha cumplido...!

Tom - tom - tom, tom - tom...

Tom - tom - tom, tom - tom...

Comenzaron a marcar unas zambombas de brazo. Era el ritmo del primer Cantar del Peregrino.

Se formó enseguida la caravana. Una partida de mozos y hombres fornidos iría al frente; seguirían las mujeres con los muchachos y chicas de doce años para arriba; luego irían las bestias de carga; y cerrarían la marcha los hombres de a caballo flanqueados también por dos grupos de buenos mozos. Nada había de militar allí; bien que se podía ver a la cintura de mozos y hombres sendas espadas o machetes y casi todos los varones, los chicos ante todo llevaban su buena vara. Los acompañaban en esto bastantes mozas y mujeres porque con las varas se aliviaban al caminar.

Sonó con insistencia el cuerno. El vocerío se fue tornando en bisbiseo. En un ligero altozano se vio a cuatro sacerdotes, bien distinguidos por sus turbantes y que por las varas que en una mano tenían indicaban ser también peregrinos. Alzaron al cielo los brazos y al unísono pronunciaron la triple invocación de la gran bendición. El Amen fue respondido las tres veces con entusiasmo y casi delirio.

Siguiendo el ritmo marcado por las zambombas el Hasan de la Sinagoga de Nazaret lanzó al aire el estribillo de la primera canción:

*¡Yo..., paz cuando proclamaba;
ellos, por la guerra!*

La muchedumbre lo repitió con entusiasmo, reforzando el cantar con el aplaudir de las manos y el estampar los pies en el suelo. Casi de improviso se formó un coro de peregrinos, al que María se juntó, que cantando las estrofas alternadas por el estribillo le prosiguió:

*A Yahweh en mi angustiarme invoqué
y me respondió Yahweh.
Protegió mi alma del labio mentiroso
de la lengua exaltada.*

*¡Yo..., paz cuando proclamaba;
ellos, por la guerra!*

*¿Qué se te da a ti y qué se te acrece,
lengua exaltada,
Flechas de jayán afiladas
con brasas de retama?*

*¡Yo..., paz cuando proclamaba;
ellos, por la guerra!*

*¡Ay de mi, que yerro, moro
cabe las tiendas de Kedar!
¡Gravoso es el demorarse mi alma
con quien odia la paz!*

*¡Yo..., paz cuando proclamaba;
ellos, por la guerra!*

La canción era de rúbrica, la primera del repertorio de los Peregrinos. En la vida pacífica de dentro de Israel, en Nazaret y para los galileos, no tenía los dejos de alivio que sentían los peregrinos que viniendo de tierras donde los judíos eran malquistos la entonaban al pisar por vez primera la Tierra Santa.

Vino el despedirse. Salomé abrazó a María con un solo brazo porque en el otro sostenía a Judas, su pequeñín, que recibió medio despertando las carantoñas y los besos de la peregrina. Joel fue formal. Las tres amigas se le echaron encima y casi la ahogan.

- Pero, hijas, ... que no me voy al otro mundo! ¡No lloréis!
- ¡Sí! ¡Pues que no son lágrimas las tuyas!
- Chicas... ¡De veras que cuesta esto de despedirse! Bueno, pensad que vais conmigo. En el Templo y en las fiestas os tendré en el corazón; y además, siempre, hasta que vuelva.

María las dejó. Comenzó a caminar con el grupo. Buscó el pañuelo en el fajín; andando se enjugó los ojos; las iba a perder de vista y tremoló el lienzo y las lanzó un beso.

El camino bajaba entre peñascos y verdores hasta dar vista, como desde un balcón, a la inmensa explanada del Valle de Yezrael.

Serían ya las horas de la media mañana bien pasada cuando llegaron a una alameda muy verde de piso y muy sombreada. Calentaba de veras y pasó por los grupos la consigna de hacer alto y descansar acémilas y personas hasta caer la tarde.

Los peregrinos ya veteranos indicaron que al pie de un ligero ribazo manaba una fuente, origen del arroyuelo que daba frescor a la pradera. Pararon todos por grupos y la familia de Cleofás se acomodó.

María se ató las puntas largas de las mangas, se las pasó tras de la nuca, cogió el odre para el agua y, acompañada de las dos hermanas pequeñas de Cleofás, se fue a por agua.

- ¿Os habéis fijado en esa rubia de Nazaret? – preguntaba a dos mozas de Séforis Judith su compobлана – ¡Es guapa de veras!
- Sí, Judith. ¿Y sabes lo que me acaba de decir una chica de Caná que va con ella? Pues que es la novia... mejor, la desposada con José, el oficial que trabaja en la carpintería de nuestro pueblo.
- ¡Cátate! Ahora ya me explico yo por qué esa maravilla de mozo ni nos mira!
- ¡Vaya, mujer, no exageres! ¡Que no es un ogro! Bien francote que es. Y si a mano viene, bien que ayuda.
- Eso sí, es verdad. Pero ¿a que no le has visto, ni guipado ni esto de intención por ninguna de nosotras? Ahora tú ya ves que teniendo suya esa perla de mujer, ¡razón tiene de no mirar a ninguna otra!

María, con el odre ya lleno a la cadera iba a pasar junto a ellas, y al verla cerca exclamó la que se llamaba Ester:

- ¡María!
- ¿Ya conocéis mi nombre? Paz, muchachas, ¿de dónde sois?
- Pues del pueblo que va a ser el tuyo, – dijo Judith con sonrisa y dejo maliciosos.
- ¿Cómo? ¡Si yo soy de Jerusalén y vivo en Nazaret!
- Claro. Pero tu novio..., perdón, tu esposo está de carpintero en Séforis, el pueblo nuestro, y, chica... ¡la mujer, en casa del marido! Bueno, quiero decir cuando os decidáis, – saltó la Ester, que daba muestras de ser buena charlatana.
- Él tiene la palabra. Yo, a lo que él diga. Hoy ya debe estar allá en el monte (y apuntó al Carmelo que se perfilaba bien contra el azul de cielo) al que fueron ayer a cortar madera.
- Deja, María, – interrumpió Judith – que ya nos toca llenar a nosotras. Luego hablaremos en largo.

– Desde luego.

Se separaron; las de Séforis hacia la fuente y la nazarena hacia el magnífico plátano junto al tronco del cual reposaba el bagaje y se movían Cleofás y sus padres.

A la hora del yantar los grupos desparramados por el soto alfombrado casi más por florecillas que por hierba exuberante mostraba a las claras que mejor que de descanso en el camino gozaban el regocijo de un recreo.

La galbana que siguió indujo a no pocos peregrinos a una siesta. Las mozas que se habían saludado por la mañana tenían más ganas de charlar que de dormir. Poco a poco llenaron el morro al pie del cual manaba la fuente y se dieron a la tarea.

Nuestra María había sido la primera en llegar y tomar posesión de lo alto, porque quería contarles a las dos pequeñas cosas que habían pasado por aquellos parajes. Las había apuntado al Monte Tabor y contado de una mujer profetisa que había traído allí guerreros y ganado batallas, pero que había sido otra mujer la que había clavado la cabeza del jefe en el suelo. También les contó que en aquellos montes que se veían a lo lejos había muerto el primer rey que tuvo Israel y con él sus hijos. Cuando les narraba las cosas de Gedeón en la fuente y llegó al susto que dio a los Madianitas haciendo cascós los cántaros donde iban las luces una de las chiquillas rompió a reír a carcajada limpia. Ello atrajo la atención de las de Séforis, que en grupo cercano andaban en chismes de mozos y mozas. Se acercaron curiosas y poco a poco se transformó el morro en auditorio de bellezas campesinas.

Los calores de tarde amainaban y crecían los rumores del ramaje sacudido por las brisas que venían de hacia el mar. Fue María entretejiendo la historia de la bella del cercano pueblo de Sunem, a quien quisieron mucho David, Adonías y Salomón, con las idas y venidas del sacrificio del profeta Elías sobre el Monte Carmelo por donde verían ponerse el sol, y hasta con los líos y tragedias en los campos y caserío de aquel pueblo más cercano a ellos, que era la Yezrael sitio de recreo de los reyes de Israel, cuando los hubo. Llegaba a la historia de la mala reina, Jezabel, y a cuando la mandaron tirar por la ventana para que la comieran los perros, cuando el sonar de los cuernos anunció que mandaban empaquetar,

lo que interrumpió a la narradora y los ayes de horror de los oyentes.

En un decirse se deshizo el grupo; se trajinó por los sotillos; se ordenó la caravana y comenzó el andar hacia el corte de los montes que cerraban el valle por el mediodía.

Todo marchaba muy bien; mas de repente sonó la orden de parar.

- Padre, quedaos aquí con ellas – dijo Cleofás cogiendo de las alforjas una espada, ciñéndosela a la cintura y marchando apresurado hacia la cabecera de los peregrinos.
- ¡Anda, vete! No temáis – dijo el padre sacando el caballo que montaba fuera del tropel y poniéndole, más que en guardia, en plan de ataque.

Al cabo de una media hora volvía Cleofás al lado de los suyos; se desceñía la espada y la colocaba de nuevo en las alforjas.

- Chico, ¿qué ha pasado? – preguntó el padre acercándose pero sin desmontar.
- ¡Nada al fin! Ya verían la caravana de beduinos que venía a lo largo del valle e iba a cruzarnos. Notaron que se apiñaban hacia el lado nuestros jinetes y hombres de jarana; les vieron las intenciones de exigirnos peaje por las buenas o por las malas, y nos dispusieron a decirles que caminábamos por tierras nuestras. Cuando el jeque y sus hombres se llegaron a los nuestros, se interpuso viniendo no sabemos de dónde ni por dónde un centurión romano jinete en su caballo y al frente de dos decurias. “¿Qué quieres?” le preguntó el jeque. – “Es que estos van a pasar...” – “Quien va a pasar, y sin una palabra más, sois tú y los tuyos!”, ordenó el centurión, con las manos en jarras a las caderas. – “Es que...” – ¡Es que he dicho que sin rechistar! Mira, si tienes algo que decir se lo dices al de enfrente. Y al decirlo desenvainó la espada y con la punta indicó la otra rivera del riachuelo donde, en un altozano, se distinguía bien a otro centurión con sus compañías de legionarios, las puntas de cuyas picas resplandecían al sol. El jeque le miró, debió notar que, como por un resorte, los lanceros

echaron la segunda mano al asta de sus lanzas; apretó el *abá* al cuerpo; embozó el *kefieh*; bajó la cabeza; volvió la espalda y comenzó a caminar mientras con la mano izquierda hacía a sus compañeros y mesnadas señal de proseguir y callando. Ya tenemos el paso libre.

– ¡Sí, hijo, sí! Estos romanos toman muy en serio lo de la Paz Romana.

En efecto, se vio pasar riachuelo adelante gentío, rebaños y un tropel de corceles. Al poco se oyó el toque de reanudar la marcha.

Se les había ya puesto el sol, pero caminaron un buen rato asistidos por las luces del crepúsculo hasta dejar a la derecha el casco de Enganim y llegar a los prados colindantes de una fuente que brotaba entre los peñascales de una montañuela por la que comenzaban a remontarse.

Acamparon y en la calma del anochecer el *tom... tom... tom...* de las zambombas llamó a la oración vespertina de los peregrinos. De todos los rincones de la pradera vino la respuesta al estribillo:

*¡Alzo mis ojos a los montes
de donde viene mi fuerza!
¡Mi fuerza desde Yahweh,
el que hizo cielos y tierra!*

María juntó su voz argentina y poderosa al coro que cantaba las estrofas:

*No dará el moverse tus pies,
ni dormitará quien te guarda.
He aquí que no dormita, ni duerme
el que guarda a Israel.*

*¡Alzo mis ojos a los montes
de donde viene mi fuerza!
¡Mi fuerza desde Yahweh,
el que hizo cielos y tierra!*

*Yahweh el que te guarda, Yahweh
Tu amparo cabe tu diestra
¡De día el sol no te pegará
ni la luna de noche!*

*¡Alzo mis ojos a los montes
de donde viene mi fuerza!
¡Mi fuerza desde Yahweh,
el que hizo cielos y tierra!*

*Yahweh te guarda de todo mal,
guarda tu alma;
¡Yahweh guarda tu salir y tu entrar
desde ahora hasta lo eterno!*

*¡Alzo mis ojos a los montes
de donde viene mi fuerza!
¡Mi fuerza desde Yahweh,
el que hizo cielos y tierra!*

¡Qué diferentes le sonaban a la antigua "Hija del Templo" aquellas estrofas en aquellos soledades y quebrantas y en las penumbras del atardecer!

Poco después los grupos de peregrinos dormían an paz. Solas las siluetas de algunos vigías se perfilaban al pasar junto a las teas plantadas por los contornos del campamento.

Al amanecer nuestra nazarena fue quizás la primera en correr a la fuente y asearse. Gozó al ver llenando de colores y perfiles las laderas y peñascos de la garganta en que etaba emplazado el bosquecillo do acampaban.

Tras el iniciarse el trajinar y tras unos momentos de reposo requeridos para el desayunar siguió el barullo del empaquetar y aparejar. Luego retumbaron, repetidos por el eco de los breñales, los golpes de las zambombas y comenzó el cantar del amanecer:

*Me regocijo en lo que me están diciendo:
"¡A la casa del Señor vamos!"
¡Asentados estarán nuestros pies
en tus puertas, Jerusalén!*

La caravana entera gritó más que repitió el estribillo; iba en él el ensueño de todos, Jerusalén. La voz de María vibró; le quemaban la entraña los ardores de su fe y los recuerdos de su niñez y los amores ya idos relampagueándole dentro junto con las añoranzas y las angustias del destierro.

*¡Jerusalén, la edificada cual ciudad
que tiene buen orden en sí!
¡Juntas que allí suben
tribus, las tribus de Yahweh!*

*Me regocijo en lo que me están diciendo:
"¡A la casa del Señor vamos!"
¡Asentados estarán nuestros pies
en tus puertas, Jerusalén!*

*¡Junta de Israel para alabar
el nombre de Yahweh, que allí está!
¡Se asientan los tronos para juzgar,
los tronos de la Casa de David!*

*Me regocijo en lo que me están diciendo:
"¡A la casa del Señor vamos!"
¡Asentados estarán nuestros pies
en tus puertas, Jerusalén!*

*Implorad; "¡Paz, oh Jerusalén!
Gritad; "¡Sea! ¡Paz, oh los que la amáis!"
"¡Sea! Paz en tus adentros!"
"¡Sea! Paz en tus aledaños!"*

*Me regocijo en lo que me están diciendo:
"¡A la casa del Señor vamos!"
¡Asentados estarán nuestros pies
en tus puertas, Jerusalén!*

*Por amor de mis hermanos y mis amigos
proclame yo: "¡La paz contigo!"
¡Por amor de la Casa de Yahweh, nuestro Dios,
busque yo el bienestar para tí!*

*Me regocijo en lo que me están diciendo:
"¡A la casa del Señor vamos!"
¡Asentados estarán nuestros pies
en tus puertas, Jerusalén!*

Al mencionar los tronos de la casa de David una inmensa, luminosa y dulcísima sacudida la invadió: Ella llevaba en sus entrañas el Emmanuel.

Comenzó la marcha. Iban ya entrando por tierras de samaritanos y sentían la enemiga que afloraba en muecas y a las veces en palabras de viandantes y mirones con quienes se cruzaban. La cosa no pasaba a desplantes; después de todo la de Nazaret era una de tantas peregrinaciones. Pero además, estaban en la carretera más fácil y frecuentada entre Samaría, la capital, y Ptolemaida el puerto que la unía con el gran mar y convoyes y partidas pasaban y repasaban de continuo. Para más seguridad los soldados y oficiales de Roma, fijos en puestos o en movimiento, montaban guardia. De hecho, esta seguridad había sido la razón por qué María cogiera tan al desgaire la oportunidad de unirse a la peregrinación, ya que una vez en Jerusalén, el atravesar la montañuela y dejarse caer en Ain-Karim era cosa de recreo. Claro que también, aquello de volver al Templo de sus amores, y por vez primera como peregrina, le llenaba el alma.

Se acercaba el mediodía e hicieron parada junto a una fuente; se acomodaron buscando sombras, pero sin separarse mucho y desde luego sin aventurarse olivar adentro hasta las cercanías del pueblo samaritano de Yala.

A la hora de la siesta se formó el corro de mozas, ahora ya muy salpicado de mayores y algún que otro chavea alrededor de la moza de Nazaret que sabía historias.

Sentada en el banco natural que formaba una de esas lajas de roca que afloran como estratos en las laderas de los montes palestinos y cobijada, como todo su auditorio por la sombra de un ingente algarrobo, les contó la historia de José, que había encontrado a sus hermanos apacentando sus rebaños por aquellos montes que veían allá por donde iría a ponerse el sol. – “¡Es verdad! – la interrumpió un viejete que iba de guía – Que yo ya he estado veces en aquel pueblo que le llaman Dotan, como dice esta.”

María continuó con lo de la cisterna seca y la sangre de cabrito en las vestiduras, y la venta en Egipto, la cárcel, los sueños de Faraón, la majestad del rey y... y, cuando iba a narrar la llegada de Jacob, sonaron los cuernos a levantar campo.

Que se acercaban a la gran ciudad que Herodes estaba empeñado en levantar dedicándosela a la gloria y culto de Octaviano

Augusto, el Emperador Romano de quien se gloriaba ser amigo, lo experimentaron nada más hacerse a seguir la calzada de la carretera. Era todo un ir y venir de carros, literas, jinetes, acémilas con mercancías, carretas con sillares y hasta una plataforma rodada con el fuste de una columna de granito. Evidentemente, Samaria, mejor dicho Sebaste, como ya se sabía que habría que llamarla, vivía febril mientras la construían en grande.

Estaba calculado por los guías el que los peregrinos vieran solo desde la carretera que bordeaba el alto cerro, por cima del cual se veían ya brillar columnatas y tímpanos, la antigua capital de Israel. Hoy era capital de samaritanos y podía ser alivio un tanto costoso de caminantes y guarida cierta de maleantes.

Pasaron de largo hasta llegar a las fuentes que había antes de entrar en Sharaf.

Acamparon acomodados por las plataformas de rocas y al pie de los árboles de la ladera. El inmenso anfiteatro de montañas se abría al Septentrión y en medio de él, sobre una montañuela señoreaba Samaria iluminada por los colores del crepúsculo que caía.

Llamaron a la oración y siguió la canción:

*Hacia Ti levanto mis ojos,
¡oh, el que habitas en los cielos!*

*Mira, como los ojos de los siervos
a la mano de sus señores...
Mira, como los ojos de la criada
a las manos de su señora...*

*Hacia Ti levanto mis ojos,
¡oh, el que habitas en los cielos!*

*Así nuestros ojos a Yahweh, nuestro Dios,
hasta que se apiade de nosotros.
Apiádate de nosotros, Yahweh;
apiádate de nosotros,
que mucho desfallecemos.*

*Hacia Ti levanto mis ojos,
¡oh, el que habitas en los cielos!*

*¡Desprecio enorme hastía
el ser de nuestra alma...
Baldón de los que odian sea
el odio de los que odian!*

*Hacia Ti levanto mis ojos,
¡oh, el que habitas en los cielos!*

¡Qué vivo y real sonaba aquel cantar a la vista de la ciudad de los odios fraticidas renacida y resplandeciente! María se apoyó en el tronco de una encina vieja y frondosa y por largo tiempo contempló caer el anochecer sobre la vieja capital que se alumbraba. Por la mente y el corazón le fueron pasando reyes con tragedias, soldados batalladores y profetas... Elías, Eliseo... con los oráculos de Dios. Se acordó de los asirios que la asolaron y cautivaron... De repente le surgió en el alma la imagen del Rey que llevaría cual postrer calificativo de su nombre imperial el de “Príncipe de la Paz...”, y ¡ella le tenía en sus entrañas! Dejó la encina; buscó un rincón en el tenderete de la familia con quien peregrinaba; se tendió y arropó y quedó dormida.

El amanecer de aquel día no fue claro amanecer. Nubes blanquinegras bogaban por el espacio y tapaban los colores de la aurora, bien que como venían separadas prometían solo chubascos. Con todo un ambiente medio trágico envolvía el ir y venir del despertar.

Sonaron los cuernos. La familia con la que venía María salió del tenderete, dejando a Cleofás que había estado gran parte de la noche en turno de vela, aún dormido y se dispuso para la canción mañanera del peregrino:

*¡Por ventura que Yahweh fue con nosotros!
diga por cierto Israel.
¡Por ventura que Yahweh fue con nosotros
al alzarse contra nosotros la gente!*

*A punto los bichos nos hubieran tragado
al abrir sus fauces contra nosotros.
A punto las aguas nos hubieran ahogado,
torrentes pasaran sobre nuestras almas.
A punto pasaran sobre nuestras almas
torbellinos de aguas altaneras.*

*¡Por ventura que Yahweh fue con nosotros!
 diga por cierto Israel.
 ¡Por ventura que Yahweh fue con nosotros
 al alzarse contra nosotros la gente!*

*¡Bendito sea Yahweh, el que no
 nos dio por presa a sus dientes!
 ¡Nuestra alma cual pájaro se escapó
 libre del lazo de los acechadores!
 ¡Nuestro auxilio en el nombre de Yahweh,
 el que hizo cielos y tierra!*

*¡Por ventura que Yahweh fue con nosotros!
 diga por cierto Israel.
 ¡Por ventura que Yahweh fue con nosotros
 al alzarse contra nosotros la gente!*

Nuestra caravana no había sufrido el contratiempo; pero otras sí que habían afrontado turbas de samaritanas fanáticos y quizás de bandoleros, y habían tenido que dar gracias a Dios por haber salido con bien de la refriega. De todas las maneras el peligro estaba allí y las gracias a Dios por la protección de no haberlo encontrado estaban en su punto. Y eso aún cuando esta vez la divina Providencia pasaba alrededor de los caminos en la forma de patrullas romanas.

Cuando la marcha comenzaba, María dirigió desde la altura una última mirada a la ciudad lejana y sintió una pena profunda. Blanca y muy llena se alzaba una columna de humo... y comprendió que en el gran templo de la antigua capital de Israel se estaba inmolando una hecatombe a Júpiter Capitolino...

Las cañadas y valles por do caminaban estaban cubiertas de flores y de árboles cuyas ramas dejaban caer lluvias de pétalos apenas las sacudía alguna ráfaga. Los pinos soltaban polen amarillo y esparcían aromas reconfortantes. El caminar contando bellezas era una delicia, que debían también sentir muy honda las bandadas de tórtolas y los tropeles de pardales y otros pajarillos que no cesaban de cruzar. Por aquellos parajes, María se pensó, debía haber estado asentada Tirza la Bella, que con Jerusalén, ofrecía al poeta que escribió el Cantar de los Cantares una imagen para ensalzar la belleza de la Esposa.

Las nubes levantaban y brillaba ya mucho sol cuando entraban por los cármenes y huertos de Neápolis y topaban con grupos de ciudadanos y aldeanos que, camino del mercado, les pasaban mirándolos curiosos, torvos, displicentes o entretenidos. Salieron del pueblo nuevo y en plan de romanizarse, siguieron el valle que allí se ensanchaba y llegaron cerca del mediodía a fijar el campo un poco más al Sur del pueblecillo de Balata en las camperas que rodeaban el Pozo de Jacob.

La vista de aquella explanada abierta, dilatada, de un verde riquísimo de trigales espigando en la que se adivinaban linderas con florecillas y algún que otro manojillo de amapolas tempranas, lecherinas amarillas y azules escobas resultaba más que emocionante.

Eran los campos de Siquem. María, mientras buscaba con los suyos un acomodo para las horas del descanso, estaba distraída, mejor, embebida recordando Patriarcas y episodios que aprendiera con su madre y en el Templo, y que ahora ya sentía como si les viera revivir y moverse por allí.

Comiendo estaba todavía, cuando se le echaron encima las de Séforis:

- ¡Anda, mujer, termina pronto! Mira, a la sombra de aquel negrillo junto al Pozo hay un sitio muy bueno para que nos cuentes esas historias de cosas que tú sabes.

Sólo Cleofás quedó en el tenderete echándose una siesta, los demás se fueron todos a los negrillos, donde al poco rato quedaba sentada en el césped casi toda la gente desocupada de la romería.

- Cuenta, cuenta, María – se apresuró a decir la Sara mientras se sentaba ella y tiraba del vestido a su amiga para que lo hiciera sobre la única piedra que en el sitio había.

Y María contó que allí llegó Abraham y Dios le dio la Tierra Santa; que allí llegó Jacob con toda su familia y sus haberes y que conquistó la ciudad de Siquem, la que hubo en aquellas ruinas del montón que desde donde estaban se distinguía.

Al llegar a este punto uno de los estudiantes a rabino provinciano que en la excursión venía interrumpió a la narradora; le tomó

la palabra y dijo lo del rapto de Dina, lo de la circuncisión de los hombres del pueblo y lo de la conquista del mismo con alguna que otra puntada alegre tan poco del gusto del auditorio que se le impuso que dejara a María continuar.

Continuó ella recordando que allí dentro del valle por el que ellos acababan de pasar había Josué renovado la Alianza del Sinaí, y que en las laderas de aquellos montes que cerraban el valle, el Ebal y el Garizim, se habían colocado las muchedumbres para cantar dialogando las bendiciones a los que observaran y las maldiciones a los que violaran la Ley de Dios.

Se había levantado María para adivinar y señalar los parajes aproximados en las laderas cuando los cuernos llamaron a levantar campo. La locutora obedeció como todos; pero allá en su mente continuaron bulléndole tragedias de Abimelek y de Jehú y detalles que había tratado de figurarse cuando era pequeña y que ahora se plasmaban tomando cuerpo y vida por aquellos campos y rincónadas.

Sujetaba el ramal de la borrica, para que montara la madre de Cleofás, cuando le asaltó como un chispazo de luz vivísima la idea de que Dios había dispuesto el vivir de su pueblo hasta que viniera... ¡el Niño que ella ya sentía bullir junto a su corazón!

Llevaban andando un buen trecho por el camino que ganaba altura cuando se cruzaron con otra peregrinación, pero de samaritanos que venían en sentido contrario. Pasaron sin incidente. María se detuvo, no tanto por verles alejarse, cuanto por echar una mirada más sobre aquellos campos relicario del ayer. La luz de la tarde que ya empezaba a caer los vestía de dulcísima gloria.

La ladera del Garizim estaba ya salpicada de tiendas y en la raya de la cima se adivinaban siluetas de grupos humanos. Era que los aldeanos de los contornos iban también a celebrar la Pascua, pero a la samaritana, y ya habían tomado sitio en el monte santo. En otros tiempos había sido de Israel, pero...

Nada más asentar los reales en la explanada de Luban a vista del zigzag por el que subirían descansados a la mañana siguiente, se les juntaron algunos pequeños grupos de judíos que vivían desperdigados por los contornos y que aprovechaban la ocasión para subir también ellos a Jerusalén.

Puesto ya el sol y fijas las tiendas llegó el momento de la oración vespertina de aquel día:

¡Desde ahora y para siempre!

*¡Los que esperan en Yahweh
como el monte de Sion inmóvil, por siempre está!
¡Jerusalén con montes alrededor!
¡Yahweh, alrededor de su pueblo!*

¡Desde ahora y para siempre!

*Que no reposa la tribu perversa
contra el destino de los justos
Porque no son dejados
los justos al capricho de sus manos.*

¡Desde ahora y para siempre!

*¡Colme de bienes Yahweh a los buenos,
y a los rectos fortalezca sus corazones!
¡Y las varas de sus vergajos despéjeselas
Yahweh a los que hacen el mal!*

¡Desde ahora y para siempre!

¡Paz sobre Israel!

A los nuevos peregrinos, que en ocasiones habían experimentado más que pullas palos samaritanos la canción les debió sonar a cosa buena. La realidad que a María le embargó los sentidos era la que vibraba en la aclamación *Paz sobre Israel* que completaba el último estribillo. Dentro de ella latía y en ella crecía el “Príncipe de la Paz.”

En la luz de la alborada las cuestas de las montañas parecían un valladar insuperable hacia el que la carretera les conducía; pero los peregrinos le miraron con entusiasmo porque tras él poco a poco se irían encontrando en la tierra de Israel.

La canción de la mañana de aquel día lo cantaba:

*¡Y llora el que emprende la senda del sembrar:
volviendo, vuelve con jolgorio el que lleva sus gavillas!*

*Al retornar Yahweh el retorno de Sión
fuimos como quien sueña.
¡Entonces llenaba la risa nuestras bocas
y nuestras lenguas el regocijo!*

*¡Y llora el que emprende la senda del sembrar:
volviendo, vuelve con jolgorio el que lleva sus gavillas!*

*Entonces se decía entre las gentes:
"Se engrandeció Yahweh al obrar
a favor de estos."
¡Se engrandeció Yahweh al obrar, por nosotros!
¡Fuimos regocijados!*

*¡Y llora el que emprende la senda del sembrar:
volviendo, vuelve con jolgorio el que lleva sus gavillas!*

*¡Ea! Vuelve Yahweh nuestro retorno
cual torrente en el Negeb!
¡Los que siembran con lágrimas
de júbilo cosechan...
Viniendo venga!*

*¡Y llora el que emprende la senda del sembrar:
volviendo, vuelve con jolgorio el que lleva sus gavillas!*

Las vueltas del zigzag no dejaron de inspirar travesuras a los mozalbetes de la comparsa, y más de una piedrezuela tirada desde encima sobre quienes venían por debajo terminó en soplamocos y llantos; pero, con todo, el ganar altura y panorama producía un sentimiento de peculiar placer que iba muy bien con el fresco de la mañana.

Apenas dominaron las lomas sintieron que estaban casi por completo en tierras de Israel. Divisaron a lo lejos otros dos grupos que por ambos los lados venían a la carretera y con banderas casi desplegadas.

A poco de andar dieron con la abertura de un valle que se remontaba hacia el Oriente y de grupo en grupo pasó la voz de que siguiéndole, si hubiera tiempo, darían en las camperas donde unas cuantas casuchas conservaban el recuerdo de que en aquellos altozanos estuvo Silo, el santuario primero que Israel tuvo en la Tierra Prometida.

Mediada la mañana hicieron alto en un olivar y bajo un algarrobo de inmensa copa se reunió el consabido corro alrededor de María. Por aquellos parajes hasta las piedras estaban cargadas de recuerdos y a la “Hija del Templo” le hablaban. Contóles de Samuel, el niño nacido de una peregrinación a la antigua y al que Dios llamó para hacerle primero profeta y luego el jefe de su pueblo. Escuchaban evidentemente pendientes de sus decires los detalles de la elección del rey Saúl, y cuando llegó a describir al joven David tocando su arpa ante el rey la interrumpió la orden de reorganizarse la marcha.

No fue mucho lo que anduvieron. Era viernes, la celebración y el descanso del sábado comenzaban con la puesta del sol y para ese momento el plantar las tiendas, el acomodarse, la cena y en fin todos los quehaceres debían estar terminados. Y lo estuvieron.

Aunque todavía hubo lugar de cantar la canción del peregrino de aquel atardecer:

*¡Si Yahweh no edificare la casa,
en vano trabajan los que la edifican!
¡Si Yahweh no guardara la ciudad,
en vano vela la guardia!*

*Vano para vosotros, los que madrugáis
a levantaros tras el ocaso;
los que coméis el pan de las angustias...,
¡Así dé a su querido un boleo!*

*¡Si Yahweh no edificare la casa,
en vano trabajan los que la edifican!
¡Si Yahweh no guardara la ciudad,
en vano vela la guardia!*

*He aquí, herencia de Yahweh, los hijos;
el pago, el fruto de la entraña.
¡Cual flechas en mano de jayán
tal los hijos de juventud!*

*¡Si Yahweh no edificare la casa,
en vano trabajan los que la edifican!
¡Si Yahweh no guardara la ciudad,
en vano vela la guardia!*

*¡Bienaventurado varón el que
sacia sus deseos de ellos!
¡No se encogerá cuando hablare
a sus enemigos en el juzgado!*

*¡Si Yahweh no edificare la casa,
en vano trabajan los que la edifican!
¡Si Yahweh no guardara la ciudad,
en vano vela la guardia!*

En la pradera de Gofna, donde acampaban, había ya otros dos grupos. Entre el gentío se hallaban rabinos, que pronto se reunieron y organizaron el tener una sinagoga conjunta apenas comenzara el sábado. Y fue bello el verles juntarse en un claro del bosque, oír los salmos, la lectura de la Ley, las exhortaciones jubilosas del rabino escogido, las creaciones y aclamaciones con que respondió la turba a la bendición que los pocos sacerdotes que en la peregrinación iban fueron pronunciando mientras la penumbra envolvía los montes y en el cielo se disolvían los arreboles.

El amanecer del siguiente día reveló un bello paraíso de árboles en flor, huertos lozanos, campos salpicados por mechones de florecillas y trajo áureas en que el aroma de tomillares y azahar y hierbabuenas y violetas se mezclaba al par que en el cielo azul nubecillas blancas bogaban altas dejándose dorar por los rayos del sol.

Un curioso hubiera observado que las etapas de los diversos grupos de peregrinos coincidían ya, puesto que la canción del peregrino que en todos los campamentos se oía era la novena:

¡Bendígate Yahweh desde Sión!

*¡Bienaventurado todo el que tiene a Yahweh,
el que camina por sus senderos!*

¡Bendígate Yahweh desde Sión!

*¡El fruto de tus manos cuando comieres,
bendito de tí y bien para tí!*

¡Bendígate Yahweh desde Sión!

*¡Tu mujer cual parra fecunda
en los costados de tu casa!*

¡Bendígate Yahweh desde Sión!

*¡Tus hijos cual brotes de olivo
en torno a tu mesa!*

¡Bendígate Yahweh desde Sión!

*¡Ved que así es bendecido
el varón temeroso de Yahweh!*

¡Bendígate Yahweh desde Sión!

*¡Y veas el bien de Jerusalén
los días todos de tu vida!*

¡Bendígate Yahweh desde Sión!

*¡Y veas los hijos de tus hijos
paz para Israel!*

¡Bendígate Yahweh desde Sión!

En la juventud, tanto en la venida a curiosear desde el pueblo como en la de los grupos de peregrinos, se sentía el renacer al acercarse a la Ciudad Santa.

Los regueros de hombres, mujeres y niños que ya en plena mañana salían de los campamentos y se concentraban para celebrar los servicios sinagogales, aumentaban el colorido y belleza de la pradera en flor. Venían todos con vestidos domingueros.

Estaban en las cercanías de Betel y los rabinos escogieron del Sagrado Texto la lectura del encuentro de Dios con Jacob cuando este iba camino de Mesopotamia donde hallaría mujeres, hijos y fortuna. Salmos, sermón y alocuciones, y los cantares acompañados con instrumentos pueblerinos levantaban las almas. María, que vivía y cantaba como quien más, sintió un escalofrío supremo mientras el lector describía la visión del Patriarca: los ángeles bajando y subiendo por la escala en la cumbre de la cual estaba entronizada la Majestad de Dios haciendo

exclamar a Jacob “Esta es en verdad casa de Dios y puerta del cielo.” Por dentro alguien le decía que hablaba con ella.

Comió luego y bebió, más que por ganas, por el saber que nutría al hacerlo el Niño de las promesas.

Fenecía dulce y reposada la tarde cuando se reunió de nuevo la masa de peregrinos para los servicios sabatinos del atardecer. Las lecturas escogidas fueron las que cuentan la vuelta de Jacob y su paso por Betel, la renovación de su pacto con Yahweh, la destrucción de los ídolos y, como comentario, el grandioso poema de Isaías contrastando las grandezas reales del Dios Israel con los vacíos y necios esplendores de los ídolos. La fe los peregrinos, encendida más por las alocuciones y los cantos que siguieron, rebullía en el regocijo de las aclamaciones que sonaban a saludo mutuo de los grupos que se juntaban:

¡Os bendecimos en el nombre de Yahweh!

*¡Mucho me estrecharon desde mi niñez,
oh, diga Israel!*

*¡Mucho me estrecharon desde mi niñez,
por poco no me devoraron!*

¡Os bendecimos en el nombre de Yahweh!

*Sobre mis lomos trincharon,
carniceros se extendieron a su gusto.
Yahweh, el justiciero, tronchando
tronchó los lomos de los impíos.*

¡Os bendecimos en el nombre de Yahweh!

*¡Avergüéncense y tiren para atrás
todos los que odian a Sión!
¡Sean como hierbas de los tejados
que antes de florecer se secan!*

¡Os bendecimos en el nombre de Yahweh!

*¡Que no colmó su mano el agostero,
ni su seno de espigas!
¡Y decían los que pasaban:
“La bendición de Yahweh con vosotros!”*

¡Os bendecimos en el nombre de Yahweh!

Nuestros peregrinos de Galilea, que acababan de atravesar campos y gentes rezumando rencores samaritanos y encontraban ya la juventud y alegría de Israel hubieron de cantarlo con regusto.

Fue natural que al terminar la función religiosa comenzar el baile. María no fue a bailar. Apenas sonaron los cuernos anunciando que el sol había traspuesto y el sábado terminado, ella se aligeró del manto con que había asistido a la sinagoga y se lanzó a escalar la cima del monte que tenía al Sur. No iba sola; se le habían juntado las de Séforis, las dos hermanitas de Cleofás, éste con un par de mozos del pueblecillo de Dura que les servirían de guías y otras dos mozas de Gofna, con quienes se habían hecho amigas las galileas. Tendrían tiempo, porque el crepúsculo era ya largo, muy largo y eran todos buenos andadores. Espantando alguna que otra liebre, o alimaña y muchos pájaros se remontaron ligeros.

Desde arriba el panorama era una maravilla. Como alfombra inmensa iban cayendo montes y colinas y valles y explanadas que en aquel mes de Nisan, mes de las flores, parecían ser un tapiz de color inmenso.

Una atmósfera limpísima, cristalina, sonrosada, transparente hasta lo preciso del menor detalle guardaba los destellos todos del crepúsculo.

- Aquellas casitas que en aquella hondonada asoman – dijeron los mozos de Dura – son las últimas de Betel. Notad sobre ellas el monte donde estuvo el santuario desde los tiempos de Abraham.

Por un rato miraron aquella inmensidad de montes en que descendía el desierto en flor, dejaba adivinar la grieta por do corría el Jordán y yacía el Mar Muerto, inmensidad que quedaba cortada por la cinta clara de los montes de Moab y al fondo por las lejanías moradas de los campos de Belén tras los cuales tenían que pensar en el desierto de Cadesh y llegar con el recuerdo al Sinaí.

Los mozos de Dura se despidieron a mitad de la bajada y se fueron a su pueblo.

Las dos pequeñas llegaron jadeando a la tienda y se esforzaban en contar a sus padres lo que arriba habían visto y recordar las riñas de los pastores de Abraham y de Lot, y la mujer de Sal,

y los ángeles y el fuego del cielo quemando las ciudades malas y Josué el capitán y otras cosas más que María les había contado y que bueno... ya no se acordaban.

Se afanaron y pronto la cena estuvo lista. Al borde de la campera el baile y jolgorio proseguían. En la tienda, a la luz de la luna la anciana madre de Cleofás notó que María dormía sonriendo.

Brillaba el sol en la hondonada de Gofna antes de que pudiera formar el grupo de los galileos y cantar la canción de aquella mañana, y es que la velada había sido larga la noche anterior sobre todo para la gente moza. Claro que la jornada mañanera sería corta.

Sonó el estribillo:

¡Espero, Yahweh...! ¡Espera mi alma por tu palabra!

*¡Desde las hondonadas te llamo, Yahweh,
oye mi voz!*

*¡Estén tus oídos atentos
a la voz de mis súplicas!*

¡Espero, Yahweh...! ¡Espera mi alma por tu palabra!

*¡Si las iniquidades guardares, Yahweh, Señor mío,
quién se sostendrá?*

*Contigo es el perdón,
para que seas acatado!*

¡Espero, Yahweh...! ¡Espera mi alma por tu palabra!

*¡Espero con toda mi alma, Yahweh,
mas que los que aguardan la aurora.*

*¡Vigía de aurora aguarda
Israel por Yahweh!*

¡Espero, Yahweh...! ¡Espera mi alma por tu palabra!

*Que con Yahweh, la ternura y la abundancia,
con Él la redención;*

*Y Él ha de redimir a Israel
De todas sus iniquidades.*

¡Espero, Yahweh...! ¡Espera mi alma por tu palabra!

Ya no eran ellos solos los viajeros que llenaban los caminos. Con ellos subían la cuesta, además de otros peregrinos, partidas de aldeanos y mercaderes y con ellos se cruzaban pelotones de soldados y otros viandantes que hacían sentir las cercanías de la gran ciudad.

Apretaban de veras los calores cercanos al mediodía cuando se dio la consigna de desviarse hacia un olivar y acampar cabe unos pozos que daban al pueblecillo que acababan de pasar su nombre, Beherim.

Ahora sí que estaban ya en plena Tierra de Israel y verdaderas caravanas daban en la carretera viniendo de hacia el mar, concurriendo por veredas desde los caseríos y aldeas cercanos, o simplemente yendo y viniendo a sus quehaceres de labrantío.

Ya se había hecho costumbre y a poco de haber comido cercaron los galileos a María que no tenía más que apuntar a cualquier localidad del panorama y mencionarles un recuerdo porque la tierra aquella toda los rezumaba. Abajo en la hondonada podía verse levantándose Gabaón donde luchó Josué y detuvo el sol; dominando el horizonte se alzaba el santuario en que Salomón soñó con Dios que le daba la sabiduría y un poco más allá se perfilaba Cariath-yearim de donde David recogió el Arca de la Alianza para llevarla a Jerusalén.

Camino adelante aquella misma tarde pasarían por Masfa, el lugar de reuniones de Israel, como aquella en que Samuel, el Profeta, proclamó rey a Saúl; por Rama donde murió Raquel, la madre de José; por las ruinas de Gaba de Saúl y bajando desde ellas la campera donde Jonatán y David se despidieron de por vida. La narradora contaba con calor y cariño, y es que recordaba excursiones de la niñez y casi le resonaba la voz de la Profetisa contando las historias de las “Hijas del Templo” en días de excursión al monte Scopus.

Tres mozas esbeltas que iban camino de su pueblo, Anatoth, el pueblo del Profeta Jeremías, les cruzaron y María que reconocía ya el terreno, indicó a Cleofás y a su padre que el mejor sitio para acampar era tras el campamento de la guarnición romana. Pasado el montículo de ruinas que quizás tapaban el Palacio de Saúl, viraron los peregrinos galileos hacia la izquierda y se detuvieron

y empezaron a levantar las tiendas en la loma que dominaba la cuenca donde se forma el Cedrón.

María estaba ya en su tierra, bien que peregrina. Más allá del llano miró los rayos del sol caedizo dorar las casas y las quintas... ¿qué sería de la suya? Brillaban los muros del Templo de Yahweh... Y en lo angosto de la garganta en la falda del Olivete estaba la tumba de sus padres.

La canción del Peregrino que aquella tarde tocaba cantaba admiraciones... admiraciones de niño.

¡Como niño dentro de mí el alma mía!

*Yahweh, no se engríe mi corazón
y no se exaltan mis ojos.*

¡Como niño dentro de mí el alma mía!

*Y no me ando con grandezas
y con mentiras no pretendo más que soy.*

¡Como niño dentro de mí el alma mía!

*Mas bien me encojo y me callo,
el alma mía como crío junto a su madre.*

¡Como niño dentro de mí el alma mía!

*¡Espere Israel en Yahweh
desde ahora y por los siglos!*

¡Como niño dentro de mí el alma mía!

Idilios y tragedias, dolores y acatamientos embargan el corazón de aquella mozuela cuya voz temblorosa parecía dominar el cantar.

Se acercó a Cleofás y a su padre; les dijo que ella sabía un lugar donde los peregrinos galileos podrían fijar su campo en las proximidades de la ciudad santa y con seguridad; se ofreció a ir con el mozo a reservarlo y tras unos intercambios con los mandamás del grupo Cleofás y María volaban más que caminaban ladera abajo,

a través de la campera, sobre un ribazo y daban en un cercado próximo a las canteras y llamaban a la puerta de una pobre cabaña que pausada se les abrió.

- ¡Calla! ¡María! ¿Pero eres tú?, gritó sollozando la voz de un anciano que a trompicones se vino a la moza; la cogió entre sus brazos y comenzó a besarla de veras.
- ¡Sí, Simeón, soy yo! – respondió la chica mientras respondía a los besos. ¡Dios sea contigo! ¡La paz sea contigo, Simeón!
- Y contigo y todas las bendiciones.
- Mira, Simeón, este buen mozo es el novio de mi prima María, la de mi tío Jacob, el de Belén...
- ¿La de los chistes?
- La misma. Vengo peregrina con su familia. Se llama Cleofás.
- Cleofás, ¡Yahweh sea contigo!

Y los dos hombres se cambiaron el beso de paz.

- Oye, Simeón, – continuó María – Vengo a pedirte un favor...
- ¿Favor tú, mi nena?
- Sí, hombre. Vengo desde Nazaret, donde estamos desterrados, en peregrinación con los del sur de Galilea. ¿Tienes libre el cercado tuyo, para que acampemos en él durante las fiestas?
- ¿Libre? Para tí y por tí el cercado y la casa y el huerto y las cisternas y los aljibes y cuanto yo soy y pueda... ¡Pues no faltaba más!
- Entonces mañana por la mañana y temprano nos tienes aquí.
- ¡Qué alegría, mujer! Mira, si hubiera visto ya al Mesías le pediría a Dios que me llevara... Bueno, no; hoy no. Que me tienes que contar mucho de tus cosas.
- Dices bien, Simeón; pero mañana, que hoy nos volvemos deseguida a darles el alegrón de saber que ya tienen campo seguro junto a Jerusalén.

- ¡Espera, hija espera!, dijo el viejo y se metió en la casucha para aparecer al poco rato trayendo dos racimones de uvas calgadas, que aunque arrugadas estaban diciéndome ¡cómeme! Mira, Cleofás, tú, que eres mozo, las llevas para que ya desde ahora sepáis esta y los tuyos que en Jerusalén hay todavía cosas muy dulces.
- Y el más dulce de todo eres tú, mi viejecito – exclamó María dándole un beso en la frente.

Se despidieron. Los dos desandaron el camino; dieron la noticia y a poco el campamento quedó en silencio y dormido.

María no pudo dormir tan pronto. De pie a la entrada de la tiendezuca miró desde el Scopus a su Jerusalén iluminada por la luna ya casi llena que rielaba alta y se reflejaba en el lejano esplendor de los mármoles del Templo. Pero... ¿por qué no se le habría ocurrido el decirle a Simeón que el Mesías ya estaba allí, latiendo dentro de su entraña? ... Al fin notó que se le caían los párpados y se retiró a dormir.

Con las primeras luces del alba los peregrinos de Galilea habían empacado, atravesado los olivares del llano por el atajo, remontado la loma y entraban en el cercado de Simeón que estaba próximo al borde de la zanja dejada en las canteras que desde los tiempos de Salomón hasta el presente habían suministrado piedra malaquita para el Templo.

El buen viejete madrugó para verles venir. Dio la paz y buenos días a los mandones y sonreía satisfechísimo viendo a todos, incluida su “nena”, atarearse en armar las tiendas y sacudía con su bastón los romeros e hinojos de la cerca para que soltaran más aroma.

Brillaba ya el sol por cima del Olivete cuando se iban agrupando los galileos por el sendero que conducía a la carretera. Llegaban todos en traje de gran fiesta. A Simeón se le saltaron las lágrimas materialmente y le falló la voz cuando vio a su María acercársele vestida con la túnica blanca jerosolimitana ceñida al talle con la correspondiente faja roja y gualda y sujetándose a la cabeza con galón dorado el velo de púrpura de las “Hijas del Templo” que, dejando entrever gudejas rubias y brillantes, le caía

por hombros y espalda hasta las corvas de las piernas. Venía acompañada por las hermanitas de Cleofás, de veras dos angelines a quienes solo faltaban las alas.

- ¡Hija, Hija...! – pudo al fin decir el viejo.
- ¿Qué quieres, Simeón? Para alguna vez ha de ser el usar los privilegios de las “Hijas del Templo.” ¿No te parece? ¡Hoy entramos solemnemente en la casa del Señor...!
- Sí, María, sí. En el sacrificio de la mañana estaré yo con vosotros.
- Claro. Y tú ya sabes que te llevo en el alma para pedirle a Yahweh todas sus bendiciones para tí – replicó la moza mientras cogía la pandereta que le alargaba una de las pequeñas y se ponía en el centro del corro que niñas y mozas formaron tras el corro que hombres mozos y chiquillos tenían ya juntado por delante.

De repente y sin saber de dónde flotaron en alto a la brisa tres pendones: los de Séforis, de Caná y Nazaret. Pendones, panderetas, zambombas y chirimías rompieron a marcar el ritmo de cinco acentos de la quina, los corros de danzantes la masa de peregrinos y hasta los curiosos correspondieron con pasos y palmoteos. María entre las mujeres y un hombrón en el corro de varones lanzaron el estribillo:

¡Recuerda, Yahweh, a David!

¡Recuerda todo su acatamiento!

La turba entera repitió y comenzó la marcha danzando al ritmo del cantar. Los corifeos, reforzados ya por quienes sabían el salmo y jaleados por instrumentos y palmoteos fueron cantando la estrofa:

¡Recuerda, Yahweh, a David!

¡Recuerda todo su acatamiento!

Que juró a Yahweh,

votó al caudillo de Israel.

“Si entrare en la tienda de mi casa;

si subiere al lecho de mi descanso;

*Si diere sueño a mis ojos;
 Si diere a mis párpados reposo,
 Antes de que yo halle lugar para Yahweh,
 Habitaciones para el Caudillo de Israel...*

*¡Recuerda, Yahweh, a David!
 ¡Recuerda todo su acatamiento!*

Las banderas y el gentío ataravesaban danzando por el corte de las canteras.

*He aquí que le oímos en Efrata,
 encontrámosle en los campos de Ya'ar.
 Entremos pues en su mansiones a verle;
 adoremos ante el escabel de sus pies.
 Levántate, Yahweh, a tu reposo
 Tú y el Arca de tu Majestad.
 Tus sacerdotes visten honor
 y tus devotos claman.
 Por amor de David tu siervo,
 ¡No desvíes la faz de tu Templo!*

*¡Recuerda, Yahweh, a David!
 ¡Recuerda todo su acatamiento!*

El estribillo venía ya por entre las frondas de los jardines de las quintas. María percibió la cerca de lo que fuera el nido de su infancia; lejos de agobiarla la emoción de los recuerdos la exaltó y cantó con más fuerza:

*Juróse Yahweh a David una verdad
 y no se apartará de ella:
 "Del fruto de tu entraña pongo
 quien se siente en el trono por tí.
 Si guardaren sus hijos mi alianza
 y mi testimonio que les enseñaré,
 También sus hijos por siglos de siglos
 se sentarán en el trono por tí!"*

*¡Recuerda, Yahweh, a David!
 ¡Recuerda todo su acatamiento!*

El muro del Templo que terminaba en la Torre Antonia parecía cantar también el estribillo que en él rebotaba.

Amainó el ritmo y la fuerza de los instrumentos. Iban llegando a la Puerta Dorada y en el salmo a la voz de Yahweh que bendecía al entrar su propia morada:

*¡Este es mi descanso por siglos de siglos;
aquí estaré porque lo quise!
¡Su nobleza bendiciendo bendeciré
y a sus pobres hartaré de pan.
Y sus sacerdotes revestiré de salvación
y sus piadosos voceando vocearán!
¡Allí haré brotar el vástago para David
dispongo un fanal para mi ungido.
Sus enemigos vestiré de vergüenza
y sobre Él florecerá su corona!*

*¡Recuerda, Yahweh, a David!
¡Recuerda todo su acatamiento!*

El estribillo terminaba ante la misma Puerta Dorada y al sentirse penetrar en recinto sagrado la turba surgió en una inmensa aclamación:

*¡Hosannah! ¡Hosannah! ¡Hosannah!
¡Al Hijo de David!
¡Hosannah! ¡Hosannah! ¡Hosannah!
¡Al Hijo de David!
¡Hosannah! ¡Hosannah! ¡Hosannah!
¡Al Hijo de David!*

María llegaba a estar bajo el arco de la gran puerta; su mirada dio en la entrada del Santuario tras la cual Yahweh reinaba en su trono más allá del velo que ella en su niñez bordara... Un rayo de luz inundó su alma; se estremeció... ¡El Hijo de David... Ella le llevaba vivo muy junto a su corazón!

Mientras los romeros galileos se organizaban frente a la puerta central del Santuario, María ayudada por las hermanas de Cleofás se recomponía velo y vestidos. Otras dos romerías, la del desierto de Técoa y la que habían visto bajar por las laderas del Olivete y cuyas banderas decían venir de más allá del Jordán llegaban a llenar los atrios con el mismo delirio de aclamaciones.

Alguien le tiró a María del faldón por detrás y ella se tornó.

- ¡Rebeca...!
- ¡Mi María...!

Señorita y criada estaban fundidas en un abrazo y se rebesaban llorando.

Al fin la vieja niñera se echó atrás; miró con ternura y orgullo y exclamó:

- ¡Vaya! Mi niña ya es toda una princesa. Pero... ¿dónde estás?
- En Galilea, chica. Yo en Nazaret y José de carpintero en Séforis.
- ¿Cómo, todavía no vivís juntos?
- José insiste en que hasta que yo cumpla mis veinte años ha de ser así. Bueno, Dios dirá.
- ¿No viene contigo?
- No, Rebeca. Yo me uní a la peregrinación de Nazaret y él se quedó trabajando. ¿Y mis tíos de Ain Karim?
- Contentísimos. Tu tía Isabel está encinta. Tío Zacarías no puede hablar; pero es obra de Dios. Ya te diré.

En efecto, los peregrinos de Técoa y los de Mahanaim terminaban sus Hosannas. Tres medialunas se habían formado abiertas hacia la portada. María recogió rápida su pandero y ocupó el centro de la medialuna galilea.

A una los seis corifeos dieron el ritmo y entonaron la canción postrera del itinerario:

*¡He aquí cuán bueno y cuán delicioso
el reposar los hermanos todos juntos!*

Una oleada indescriptible respondió el estribillo desde todos los ámbitos del Templo. Y siguió en *crescendo* el diálogo:

*¡He aquí cuán bueno y cuán delicioso
el reposar los hermanos todos juntos!*

*¡Como el aceite bueno sobre la cabeza,
el que cae sobre la barba de Aarón!*

*¡He aquí cuán bueno y cuán delicioso
el reposar los hermanos todos juntos!*

*El que cae sobre el borde de sus vestidos
cual rocío del Hermón
el que ahora cae sobre los montículos de Sión.*

*¡He aquí cuán bueno y cuán delicioso
el reposar los hermanos todos juntos!*

*¡Porque allí manda Yahweh
la bendición de vida por la eternidad!*

*¡He aquí cuán bueno y cuán delicioso
el reposar los hermanos todos juntos!*

Este último arranque retumbaba cuando fueron saliendo solemnes y alineándose sobre las tres gradas que daban acceso al santuario seis sacerdotes quienes seguidos y respaldados por la orquesta del Templo entonaron la bendición:

*¡Bendígate Yahweh desde Sión
el que hizo los cielos y la tierra!*

Los peregrinos y la turba respondieron:

*¡Ea! ¡Benedicid a Yahweh
todos los siervos de Yahweh!*

*¡Bendígate Yahweh desde Sión
el que hizo los cielos y la tierra!*

*Los que asistís en la Casa de Yahweh,
en los atrios de la casa de nuestro Dios
la noche entera.*

*¡Bendígate Yahweh desde Sión
el que hizo los cielos y la tierra!*

*¡Alzad vuestras manos santas
y benedicid a Yahweh!*

*¡Bendígate Yahweh desde Sión
el que hizo los cielos y la tierra!*

Terminando de cantar el salmo los sacerdotes iniciaron la entrada guiando a los peregrinos. Entraron los galileos; atravesaron el atrio de las mujeres, y los hombres subiendo las otras tres gradas continuaron hacia dentro del Atrio de Israel. María y las galileas se separaron hacia la derecha y dieron paso a las otras dos peregrinaciones, y cuando los hombres todos hubieron pasado, ocuparon sus puestos. María quedaba en el centro junto a la primera grada.

Varias de las “Hijas del Templo” que ocupaban ya su puesto tras los cantores la apuntaban. La Profetisa la vió y no se pudo contener. Corrió a salto los peldaños y la cogió en sus brazos:

- ¡María! ¡María! ¡Mi María!
- ¡Ana! ¡Madre...

Tras restregarse los ojos con las puntas de los velos de púrpura se hablaron:

- ¡Anda, sube con nosotras!
- Los días que vienen. Hoy tengo estar aquí.

Y siguió el ritual limpio, solemne del sacrificio diario de la mañana. María lo vivía con todo su ser. En el momento de la adoración sacrificial, vio al sacerdote oficiante poner un beso en el ara del altar al tiempo que se extinguía en el rescoldo la última llamita; por cima de él y en la penumbra del Santuario creyó ver brillar el velo que ocultaba la Presencia de Yahweh. Sintió un escalofrío... ¡el Emmanuel ... Yahweh, a ella ... le palpitaba dentro!

Era un día ordinario y con la bendición sacerdotal terminó el sacrificio. Como palomas a la desbandada corrieron las “Hijas del Templo” hacia María. La abrazaban y besaban con efusión, las pequeñas con confiada cortesía, y las mujeres de Galilea miraban el cuadro con regocijo al ver que su moza tenía raíces y cariños en la Ciudad Santa.

- Bueno, chicas, ya nos veremos con más tiempo; ahora tengo que guiar a estos que no conocen Jerusalén – dijo María. Y se puso a recoger el grupo galileo para sacarlo por la Puerta de las Ovejas.

Al pasar por delante de la que fuera su casa vio en los dinteles caras extrañas y sintió profunda pena. Por detrás de la cerca remontaron el cerro que dominaba las canteras e hizo detenerse a los corros. Quiso mostrarles lo bello que desde allí aparecía su pueblo con la corona de almenas entrelazando las torres, y el gran Palacio Real, y las lomas y hondonadas del caserío, las veredas de las calles... todo el panorama en aquella mañana de luz radiante cautivaba. Pero... ¡Andando! Que había que aligerarse, comer, reposar y luego aprovechar la tarde los que quisieran y como lo quisieran.

Cuando llegaron al cercado de Simeón, ya estaba el viejo sonriendo en la portalada e iba indicando con el cayado dónde y cómo tenían que desliar y montar bien sus tenderetes.

- ¡Bien, hija, bien! Todo salió muy bonito – dijo, cuando vio a su moza cerca.
- Pues ¿qué querías, Simeón? ¡Las cosas tenían que hacerse así!
- ¡Claro! Si ya me lo sabía yo. ¡Donde está mi María está la gloria de Dios. Gracias, hija, gracias! Bueno es la hora de comer...
- Mira, Simeón, hoy tengo que comer con ellos. Pero ya tendremos tiempo, porque cuando ellos se vuelvan, yo me quedo.
- ¿Te quedas? ¿De veras? ¡Bendito sea Yahweh...!
- ¡Que lo sea por siempre! Quiero estar con tía Isabel en Ain Karim hasta que dé a luz.
- Ah, ¿pero ya lo sabes?
- ¡Sí, hombre, sí! ¿No ves que hay pajaritos de la tierra y del cielo que lo cuentan todo? Supongo que tú, como yo, habrás dado gracias al Señor por ello.
- ¡Y a tu tío Zacarías un montón de abrazos y enhorabuenas!
- ¡Ay! Mira, Simeón, me llaman. Hasta luego.

El anciano la vio partir corriendo. Vio cómo el velo de púrpura que todavía le caía por las espaldas le envolvía el talle y el garbo y

con las puntas de los dedos le mandó un beso que restalló en las brisas perfumadas del huerto.

El vientecillo que venía de la mar lejana comenzaba a refrescar la tarde que comenzaba. Cleofás, sus dos hermanas, las mozas de Séforis y un par de chicas más se juntaron a María y fueron a ver la ciudad. Ella tenía que explicarles a las provincianas muchas cosas; los uniformes de gala de los soldados y oficiales romanos, los vestidos y modales griegos, egipcios, y de Dios sabe dónde, los gorros y manteos de doctores y discípulos, los trajes y pecheras de las vendedoras venidas de los pueblos al mercado y, desde luego, de mil y mil detalles en calles, fachadas de las casas, tiendas y rincones. Les llevó hasta el Palacio Real y tuvieron suerte, porque cuando estaban en los jardines oyeron clarines, corrieron con la gente y vieron pasar cerca al rey Herodes, a quien llevaban en una litera muy guardado y muy adornado pero con una cara de enfermo consumido y amargado que hizo exclamar a la hermana pequeña de Cleofás: "Pero esto es el rey?"

María les condujo calle abajo hasta el puente grande que daba entrada al Templo por la Basílica tanto porque los aldeanos vieran casas y calles de la ciudad desde una altura, cuanto por ver ella misma cómo quedaban los edificios que había dejado en construcción.

Estuvieron todavía a tiempo en los atrios para ver la oblación del incienso tras el sacrificio de la tarde. Saliendo del Templo, pasaron por la Piscina de Betzeta cuyos cinco pórticos de columnas altas y brillantes dejaron boquiabiertos a los galileos y a través de quintas y jardinillos volvieron al huerto y cercado de Simeón a reposar bien antes de preparar la cena.

Sorprendíase María de que el viejo no estuviera a la puerta de su casita gozando de aquel bellissimo caer de la tarde y dándoles la bienvenida; dejó a las hermanitas de Cleofás esforzándose por contar a sus padres lo que habían visto y se dirigió hacia ella.

En el vano de la puerta, inclinándose para no dar en el dintel, estaba el sacerdote Zacarías.

– ¡Tío!

– ¡María!

Un abrazo largo retuvo a los dos. El anciano sacerdote la retiró un momento. La miró. Y volvió a estrecharla más fuerte que antes. La moza notó entonces que Rebeca y Simeón les miraban sonrientes y con lágrimas en los ojos.

La criada y María se dieron la paz.

- Volví corriendo a Ain Karim y les dije a tus tíos que ya estabas en Jerusalén – explicó Rebeca; y tu tío no quiso esperar más a verte.

En el entretanto Zacarías había sacado su punzón y su encerado, escrito algo se lo largó a su sobrina, que leyó:

“No puedo hablarte. Te explicaré todo. Esta noche descansa. Mañana vas a casa con Rebeca. Tu tía te espera. Yo me vuelvo ahora. ¡La paz sea contigo!”

Simeón y la moza vieron partir a Zacarías y Rebeca, remontar la cuesta hacia donde iba a ponerse el sol y cuando a la vuelta de una casa desaparecieron Simeón le dijo a María:

- Tu tío no habla; pero ello es un milagro de Dios y todo saldrá bien.
- ¿Bien? ¡Y requetebién! Eso lo tengo yo bien sabido. Bueno. Me voy a preparar con ellos la cena. Hasta mañana. ¡La paz contigo!

A pesar del cansancio del día fue larga la velada. Desde aquel altozano el espectáculo de la ciudad reducido ahora a solas terrazas y ventanas iluminadas más que por teas y candiles por la luz de la luna llena tan blanca que llegaba hasta revelar las facciones de las caras y casi los colores de los vestidos; era una visión de hadas que los forasteros de Galilea no se cansaban de mirar y comentar. Al fin se callaron, se retiraron y se tendieron a dormir.

Alboreaba todavía el día siguiente cuando Rebeca ya estaba de vuelta de Ain Karim para buscar a su nena. Pronto lomas arriba daban vista al pueblo que se despertaba en el fondo del valladar. Salía el sol y el golpe de su luz rosada revelaba por las cumbres de los montes de Judea las aldeas y por las cuestas las aristas de los banzos inmensos y los estratos que las forman. El

panorama estaba lleno de luz, de belleza y de historias y recuerdos sagrados.

Cuesta abajo divisaron el ciprés del corral de la casa de Zacarías. María le vio proyectarse contra los montes llenos de luz en los cuales había estado esperando el Arca de la Alianza hasta que David la recogiera, y el alma se le llenó de recuerdos.

Rebeca le dijo que sin entrar en el pueblo irían camino de la fuente hasta el huerto, donde tía Isabel había escogido morar desde que concibiera. Llegaron al caño. María sintió sed y bebió bien de aquel chorro cristalino que saltaba fresquito y sonoro del agujero de la roca. Algunas de las mozas aguadores que allí estaban reconocieron a la moza de Jerusalén que de vez en cuando había residido en la casa del sacerdote Zacarías.

Ain Kárim en el mes de las flores de aquella primavera florida era un paraíso y el huerto de Zacarías su jardín de delicias. Con los brazos abiertos en medio de la avenida de árboles cubiertos de pétalos con gotas de rocío estaba Isabel. Tía y sobrina cayeron en los brazos y los labios no articularon más que besos.

Al fin Isabel separó de sí a María; la miró bien y con el instinto de mujer que por años había anhelado ser madre vio que estaba encinta la casi niña desposada con José, el Hijo de David y heredero del Trono de Israel. Con todo el júbilo de su alma exclamó:

¡Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu seno! ¿De dónde a mí esto, el que la madre de mi Señor venga hasta mí? Porque, mira, en cuanto cayó la voz de tu saludo en mis oídos ¡con gozo grande saltó el niño en mi seno! Y... ¡bienaventurada aquella que creyó que serán consumadas las cosas que fueron dichas con respecto a ella de parte del Señor!

La misma fe mesiánica abrasaba las entrañas de la hija de Aarón, mujer del sacerdote Zacarías, y de la hija de David y esposa de José; pero María sabía además y vivía el ser Madre del Mesías y brotó en el cantar:

*¡Se alza mi alma al Señor
Y se engríe mi espíritu en Dios que me da la vida!
Que se fijó en la pequeñez de su sierva.*

*He aquí que desde ahora
Buena me llamarán las generaciones todas.*

*Que hizo conmigo grandezas
El que es poderoso y santo es su nombre,
Y su misericordia para generaciones y tribus
Sobre aquellos que le temen a El
Realizó una victoria con su brazo:*

*¡Desparramó a los engreídos por la ambición de sus
corazones
Derrocó a los jayanes de los tronos
Y levantó hasta ellos a los arrastrados;
Los hambrientos hartó de bienes
Y los cebados mandó en ayunas!*

*Proveyó a Israel su Siervo,
Y se acordó de su misericordia
Como la hablará con nuestros padres,
Con Abraham y con su descendencia para siempre.*

Aquel canto de victoria rezumaba gloria y sangre. Quien supiera la vida de la poetisa vería que la princesa despojada, empobrecida, desterrada, la esposa del heredero al trono de las profecías, abatido ahora y sometido al sudor y al polvo del destierro y en miseria, veía ya el plan sublime de Yahweh y le cantaba. Herodes... podía embriagarse con glorias y riquezas; pero el “Hijo de David” recibía el trono eterno; el Siervo de Yahweh, la bendición de las naciones; el Mesías... el Mesías..., ¡le llevaba ella en las entrañas! ¡Yahweh es grande!

El anciano sacerdote recibió a su sobrina entre los brazos; le dio el beso de paz y llevándola reclinada junto al corazón la introdujo en la casa.

Todavía había buen sol en la tarde de aquel día cuando María, tras despedirse de sus tíos, cogía una fardela bien repleta de orejones de mismis y Rebeca otra llena de pasas y comenzaba a subir de vuelta a Jerusalén mientras decía:

- Bueno, tíos. Estos días tengo que estar con nuestros peregrinos de Galilea; pero en cuanto se vayan ellos, yo

me vengo a cuidar de ti, tía Isabel; ¡que para eso me vine desde Nazaret!

- Bien, hija, bien. Pero la noche de Pascua la pasas aquí, ¿eh? Ellos tienen que tener la cena del cordero antes. Tú celebras con ellos; pero la Pascua tuya en casita y con los tuyos. ¿Verdad, Zacarías, que comer dos veces el Cordero Pascual no hace daño?

El viejo asintió riendo y oyó a su sobrina decirle a Isabel.

- ¡Tía, cuídese y hasta la noche de Pascua!

Justo daban los últimos rayos del sol en la casita de Simeón cuando sobre la mesita dejaba Rebeca el cuenco de vino que acababa de apurar y se levantaba.

- Pero, mujer, ¡si acabáis de llegar!
- Mira, Simeón, me queda el tiempo justo para volver a casa de mis amos a tiempo para ver asomar el carancio de la luna por entre los guindos en flor.
- ¡Que ya no eres una niña, Rebeca...!
- A mí se me quitan los años cuando estoy con esta pieza. ¡A la paz de Dios, resaladona! ¡El Señor sea contigo, Simeón!

La vieron perderse entre las cercas de las quintas. María cogió las fardelas y se fue al cercado de los peregrinos.

La esperaban. Las pequeñas, las mozas..., bueno, todos se relamieron con los orejones y las pasas. Los hombres estaban deliberando sobre cuándo y cómo iban a tener la cena del Cordero Pascual, y llamaron a la jerosolimitana a que les ayudara en la solución.

- Mira, María, hemos decidido comer juntos el Cordero – le dijo el padre de Cleofás – las tres familias: la de tus amigas de Séforis, la nuestra de Caná y la de este buen amigo que tengo yo en Nazaret. Somos bastantes. Pudiéramos tener la cena aquí, pero ellos quisieran tenerla dentro de Jerusalén. ¿Sabrías tú ...?

- ¡Ay, de eso me encargo yo! ¡Pues no faltaba más! Mañana os diré antes del mediodía. ¡En Jerusalén, en Jerusalén y con buena gente!

A la mañana siguiente la antigua “Hija del Templo” estaba al terminar el sacrificio matutino en el Templo al pie del sitio que ella tantas veces ocupara y donde se hallaba como a diario la Profetisa. María recibió la bendición sacerdotal de rúbrica y luego se acercó a su antigua maestra.

- ¡Madre!
- ¡María! Ya me suponía yo que tú no habías de faltar. Qué se te ocurre.
- Pues sí, Ana, tengo un favor que pedirte.
- Dí.
- Ya sabes que vengo de peregrina desde Galilea. Pues bien, tres de las familias de allí con quienes vengo tienen la devoción de querer tener la Cena Pascual en una casa de Jerusalén. Ya sabes que la mía me la quitaron...
- ¿No es más que eso, hija? Espera... ¡María! ¡María! ¡Ven acá! – llamó Ana dirigiéndose al grupo de “Hijas” que había oficiado.

Y vino una bella chica cuyos lindos ojos centellearon al reconocer a su antigua compañera. Se besaron las dos Marías.

- ¡Oye, tú! Esta viene con un grupo desde Galilea, que quisiera tener la Cena Pascual, digamos el día anterior a la Pascua en una casa dentro de Jerusalén. ¿Podrías pedirle a tu padre...?
- ¡Desde luego! Mi padre goza con dejar para eso la sala alta y todavía no se la ha pedido nadie para ese día.
- ¡Gracias te dé Dios, chica! ¡Pero es que somos muchos... somos tres familias!
- ¿Y qué? Pues ocupáis también la terraza. ¿Quieres venir conmigo y se lo dices tú a mi padre?
- ¡Andad! ¡Idos!

- ¡Madre, eres un ángel!
- ¡Como si tú no lo fueras...! ¡Marcha!

Fueron. Hablaron. Y quedó todo arreglado.

La tarde con cuyo ocaso comenzaba el trece de Nisán había comenzado apenas, cuando María presentaba al padre de Cleofás y otros dos mozos que llevaban un rollizo cordero ante los sacerdotes de turno en el Templo. Uno de los sacerdotes había reconocido enseguida a la antigua "Hija del Templo" y les sirvieron pronto. En un periquete el cordero fue inmolado, desangrado y devuelto a los mozos, que pagaron los honorarios y guiados por ella llegaron a la casa donde lo desollaron, limpiaron y dejaron en manos de las doncellas que se entenderían con él en el asador.

Horas después, cuando ya en el cielo azul la luna, llena casi, extinguía la luz de las estrellas, los galileos contemplaban de sobremesa el panorama de luces que el Templo y caserío presentaban al pié de la terraza. La Cena Pascual había sido espléndida; el ritual prescrito cumplido a la letra; el diálogo entre Cleofás y su padre preguntando el significado y respondiendo con el recuerdo de la salida de Egipto y las misericordias divinas bien vivido, y los himnos cantados con entusiasmo que había repleto los ánimos de fe y de júbilo.

- ¡Con que tú eres María, la hija de Joaquín! Ya se ve ... Ya se ve...!, dijo el dueño de la casa que había subido a terciar con sus huéspedes el vino de sobremesa. Me ha dicho mi chica que tú diste la última mano al asado del cordero y, vamos, que el aroma que nos llenó la casa casi me arrastra a subir y tener la Pascua con vosotros. ¡Enhorabuena, salada! ¡Está visto que tienes en la cocina la mano, el ojo, y gusto de tu madre, Ana, la bendita mujer de mi amigo Joaquín!

La luz plateada de la luna no llegó a revelar los carmines de las mejillas de María mientras el noble señor la estrechaba contra su pecho.

Un poco más tarde se despidieron. Pasaron por delante del palacio del sumo Sacerdote y por la calle principal, porque por allí había más luz, y por entre casas y quintas iluminadas subieron

al cercado de Simeón comentando casi a voces la buena fortuna de su Cena Pascual.

Tarde, pero al fin a tiempo, vino el silencio y con él el sueño.

Como con María por guía no había que perder ni un solo detalle de la fiesta, en buen lugar de los atrios y a buen tiempo se hallaban los galileos cuando el postrer rayo del sol dejó de dorar la cumbre del Olivete y las trompetas sacerdotales resonaron anunciando el comienzo del día de Pascua. Con el gentío venido de todas las regiones del mundo que llenaba los atrios y pórticos se desgañitaron cantando Hosannas y cimbrearón palmas y ramas.

Por todas aquellas solemnidades que les fueron llenando el alma de esplendores, emociones y vida de fe nunca experimentados ni soñados, se les imponía a los galileos una figura que se las hacía ser muy suyas: María. La primera tarde de las solemnidades la vieron responder a una seña de la Profetisa; subir al grupo de las “Hijas del Templo”; susurrarle al oído la dama algún secretillo y colocarse dentro del coro que reforzaría el de los sacerdotes y levitas. En el grán Holocausto de la mañana; en el grandioso Sacrificio de la Tarde, en la ceremonia del Incienso, siempre que el coro de las “Hijas” intervenía oían ellos aquella voz sonora y fuerte cual de campana de buen bronce bien templada con oro y plata que daba timbre y dejos a todo el coro. Era la voz suya, la que los había guiado en sus canciones de peregrinos, la voz de María.

Los galileos quedaron en la Ciudad Santa los ocho días de los Ázimos viéndola bien, haciendo compras y amigos y recogiendo curiosidades, cuentos y chismes con que dar morda a sus compoblanos cuando retornaran a sus casas. María aún les asistió bien. Les llevó al Olivete y a Betania, también a Belén donde tío Rubén y los suyos estuvieron de mieles, y, desde luego a Ain Karim, cuyos huertos y flores les llenaron de admiración.

Llegó el día de la partida y a la luz de la aurora se le podía ver a María ajetreada en ayudar, pero mordiéndose los labios con frecuencia para forzarse a no llorar. En el momento de partir, cuando las hermanitas y la madre de Cleofás la abrazaron, la moza lloraba de veras y los otros también porque el peregrinar juntos les había puesto un quererse hondo en las entretelas del corazón.

Las chicas de Séforis trataban de disimular el llorar con reírse forzado mientras María les increpaba con lágrimas en los ojos:

- Pero, bobas, ¡si dentro de tres meses me tenéis en Nazaret! Bueno, llevadme esto para mi José. Y le contáis todo. Y le decís que he estado siempre pensando en él. Y además, ¡no os olvidéis!, le dais un beso muy fuerte y bueno de mi parte, ¿eh? ¡Que no os olvidéis!

Tras decirlo les puso en el hato de la borriquilla dos fardelos de mismis secos y de pasas.

Partieron. Simeón y María estuvieron un rato viendo a la caravana remontar la loma y desaparecer luego camino de Galilea.

Mediada la tarde de aquel mismo día llegó Rebeca y María recogió su hatillo para irse con ella a casa de sus tíos. El viejecito balbucía:

- Mira, mira, hija que tienes una obligación. Siempre que vengas a Jerusalén, al Templo, a comprar o a lo que sea tienes que pasar por esta casucha y traerle un poco de luz a este viejastrón. ¿Prometes?
- Simeón, ¡prometido! ¡Y si algún día lo dejo, al otro día me arrancas las orejas!
- Bueno, eso no. Arrancártelas no... ¡pero tú no me olvides!
- ¡Si no puedo...!

El anciano y la moza se dieron largo el beso de paz y despedida. □

(23 Septiembre, 1989)